

## CAPÍTULO XVIII.

¡Anda, anda! Allá corren galopando con toda la celeridad de sus caballos. ¡Hurra! Los muertos van aprisa. ¿Te da miedo el venir conmigo?

BURGER. — *Lenora.*

**E**N un cúmulo de males, cuya causa y cuyos caracteres son distintos, se tiene, al menos, la ventaja de que la distracción resultante de los efectos contradictorios evita á quien los sufre el sucumbir bajo el peso de cualquiera de ellos.

Sentía yo la muerte en el alma, al separarme de miss Vernon, pero hubiera sufrido más si la crítica situación de mi padre no hubiera distraído mi dolor, y me sentía menos afligido con las nuevas de Londres, que si éstas únicamente me hubiesen trastornado. No era, ni por asomo, amante superficial ó hijo insensible; mas en el corazón humano hay sólo lugar para una suma de emociones dolorosas, y cuando dos motivos diversos lo ponen á prueba, uerza es que nuestra sensibilidad se distri-

buya entre ellas como se distribuye entre los acreedores el activo de un comerciante quebrado.

Tales eran mis reflexiones al acercarme á mi aposento, y, conforme al ejemplo que acabo de citar, empezaban ya á tomar un sesgo comercial.

Releí, con mucha atención, la carta del señor Tresham, la cual pecaba de falta de precisión y me remitía á Owen para ciertas instrucciones. El socio de mi padre me encargaba que fuera á reunirme con aquél en una ciudad de Escocia llamada Glasgow, añadiendo que adquiriría noticias de mi antiguo amigo en casa de los señores Mac-Vittie, Mac-Fin y compañía, comerciantes de la nombrada población. Hablábame, asimismo, de numerosas cartas, extraviadas seguramente ó interceptadas, doliéndose de mi inconcebible silencio en términos tales, que rebosaran soberana injusticia si mi correspondencia hubiese llegado á su destino. Semejante lectura me consternó. No cabía dudar un instante de que el genio de Rashleigh pesaba sobre mí, encerrándome en un dédalo de dificultades y artificios, sin que fuera menos horrorosa la idea de los medios que había debido combinar para llegar á sus fines, y la de su maligno poder.

Para honra mía debo advertir que el disgusto de abandonar á miss Vernon, aunque era cruel y lo fuera aún más en otras circunstancias, convirtiéndose en consideración secundaria ante la del desastre que amenazaba á mi padre. Y no es que hiciera yo gran caso de la fortuna, puesto que, al igual de tantos otros jóvenes dotados de imaginación ardiente, figurábame que era más fácil prescindir de ella que consagrar tiempo y talento á los medios dignos de adquirirla. Pero sabía que, á los ojos de mi padre, una suspensión de pagos significaba mancha indeleble, mal sin remedio que le iría consumiendo hasta el instante próximo en que la muerte le librara de sufrirlo.

Esta dolorosa consideración enseñoreóse de mi espíritu con una energía que no hubiera excitado el cuidado de intereses propios, y, después de madura reflexión, resolví pasar á Escocia al siguiente día. En cuanto á mi tío, bastaba advertirle,

mediante una esquila en que le diera gracias por su hospitalidad y alegando un importante y repentino asunto como excusa de no tributárselas personalmente. El rústico *baronnet* no sería riguroso conmigo por una cuestión de etiqueta: estaba yo convencido de ello. De otra parte, las vastas y audaces combinaciones de Rashleigh me habían causado honda impresión, y recelé que emplease los medios conducentes á inutilizar un viaje emprendido para combatirlo, caso de que lo anunciara y abiertamente.

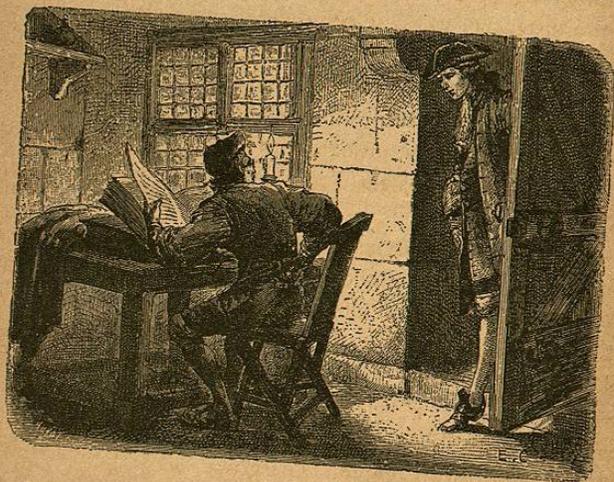
Determiné, pues, ponerme en camino á la mañana siguiente, al rayar el alba, y pasar la frontera de Escocia antes de que nadie, en el castillo, pudiera sospechar acerca de mi salida. De mi diligencia dependía el éxito del viaje, mas fuerza era vencer una dificultad no pequeña. ¿Cuál era el camino más corto para llegar á Glasgow, y, lo que es peor, por cuál se iba allá? Lo ignoraba en absoluto. Andrés Bonservice parecióme autoridad competente y apta: necesario era, pues, consultarle. Por ende, y á pesar de lo avanzado de la noche, quise asegurarme de punto tan trascendental, y, en breves minutos, llegué á la casa del jardinero.

La habitación de Andrés estaba situada á corta distancia del jardín. Era una de esas casitas del Northumberland, adecuadas y cómodas, construida con sillarejos apenas devastados, con sus puertas y ventanas encuadradas en macizos dinteles de piedra tosca y el techo formado con baldosas grises en lugar de pizarras, de rastrojo ó de tejas. Un peral, en un ángulo, un arroyo y un cuadrado de flores al frente, un huerto detrás, un trozo de pradera para pasto de una vaca, un pequeño campo para suministrar alimento al jardinero: tales son el auxilio y los bienes que la vieja Inglaterra procura á sus pobres hijos hasta en las provincias más atrasadas.

Aproximándome á la morada del prudente Andrés, cierto ruido de carácter solemne, nasal y prolongado, hirió mis oídos: lo que me indujo á sospechar si el aldeano, según laudable costumbre de sus compatriotas, había reunido algunos vecinos para que le acompañaran en sus rezos de la noche, ya

que á su lado no tenia esposa, ni hija, ni otra persona del sexo femenino.

«El primer jardinero — decía — tuvo demasiados animales de esa especie.» Por ello, lograba á veces hacerse con un auditorio de papistas y anglicanos de los alrededores, « otros tantos tizonos arrancados al horno, » según expresión suya, á quienes prodigaba su maná espiritual, con gran descontento del Padre Vaughan, del Padre Docharty, de Rashleigh y de todos los católicos que condenaban la intrusión del aldeano en



aquellas materias, como acto de contrabando herético. Era, pues, verosímil que estuviese congregada aquella noche, en casa del último, una sucursal del explicado género. Escuchando con mayor atención, el ruido parecióme salido de los pulmones del sobredicho Andrés. Cuando interrumpí á éste abriendo la puerta, halléle sólo, leyendo en alta voz, para edificación propia, cierto volumen de teología, y batallando, con todas sus fuerzas, contra frases de á vara y palabras muy enrevesadas. No bien me vió entrar, puso á un lado el in-folio.

— Estaba enfrascado — dijo, — en la lectura del digno doctor Lightfoot (1).

(1) Pié ligero.

— ¡ Lightfoot! — exclamé dando una ojeada al enorme libraco. — ¡ Qué mal apellido lleva!

— Pues es el suyo, caballero: era un teólogo y de otra casta muy diversa de la del día. Empero, dispensadme el haberos tenido plantado ahí á la puerta: habéis de saber que anoche un fantasma (¡ Dios nos libre de ellos!) me ha emberrinchado de tal modo, que no me atreví á abrir la puerta antes de terminar el rezo nocturno. Cabalmente acabo de concluir la lectura del capítulo V del profeta Nehemias, y si esto no basta á mantenerlos á distancia, ya no sé cómo componérmelas.

— ¿ Emborrachado por un fantasma? Esplicáos.

— No he dicho emborrachado, sinó emberrinchado... Me ha dado el vértigo... Las carnes me tiemblan aún!

— Dad tregua á vuestro sobresalto, Andrés, y decídmeme si conocéis el camino más corto para pasar á una villa de vuestro país llamada Glasgow.

— Glasgow es ciudad, caballero, que no villa. ¿ Y me preguntáis si conozco el camino? ¿ Por qué no? No está tan distante de mi parroquia, desde la cual se va allá en un santiamén. Pero ¿ qué es lo que Vuestro Honor piensa hacer en Glasgow?

— Negocio.

— Lo que equivale á decirme: punto en boca, porque no gusto de mentiras. ¿ Conque... Glasgow?...

Reflexionó un momento y añadió:

— Pues lo mejor es tomar un práctico que os enseñe el camino.

— Justamente, pero el caso es conocer uno que se dirija hacia aquel lado.

— Y... por de contado, que Vuestro Honor tendría en cuenta tiempo y trabajo empleados?

— Se supone. Traigo prisa, y si me procuráis un guía, le pagaré bien.

— En domingo no debe hablarse de los intereses carnales, — observó Andrés elevando al cielo los ojos. — A no ser por esto, preguntaría lo que tendréis á bien abonar á quien se os porte

como fiel acompañante, refiriéndoos los nombres de los castillos y el parentesco de sus dueños y señores.

— Lo que á mí me importa sólo es conocer la dirección que debo seguir. Por lo tocante al guía, quedará contento de mí, pues le proporcionaré todo cuanto necesite.

— Decir todo es como no decir nada. El fulano de que os hablo conoce las trochas, los lindos senderos de las montañas, las...

— No perdamos tiempo en palabras. Arregladlo á gusto vuestro.

— ¡Vaya en gracia! Pues... siendo así, se me figura que el fulano que va á acompañaros será Andrés.

— ¿Vos? ¡Cómo! ¿Dejaréis vuestro acomodo para...?

— He referido ya una vez á Vuestro Honor que tiempo há (tal vez desde el primer día de mi llegada al castillo) se me metió en la cabeza la idea de tomar el portante. Ahora estoy resuelto á irme sin pérdida de momento. Más vale tarde que nunca, y el primer paso es la mitad del camino.

— Conque... ¿adiós jardinería? ¿Y vuestros gajes del oficio?

— Sí, ya: perderé en ello, pero tengo dinero en poder del *laird* (1) por las manzanas del antiguo huerto que llevo vendidas... ¡Valiente negocio para los que las compraron! ¡Famoso desperdicio!... Lo que no obsta para que sir Hildebrando, ó mejor su intendente, se dé tanta prisa en tocar los cuartos como si se tratara de doradas manzanas de reina! Después, tengo el dinero de las siembras... Por el estilo, voy á desquitarme de la pérdida de mis gajes. Aparte de que confío en que Vuestro Honor se hará cargo de peligros y de gajes perdidos cuando estemos en Glasgow. ¿Salís muy pronto?

— Mañana con el alba.

— ¡Hum!... Muy repentino es... ¿Dónde buscar un jaco?... ¡Ah! Ya di en el quid.

— Queda, pues, cerrado el trato, Andrés. A las cinco de la madrugada, aguardadme en el extremo de la avenida.

(1) Lord escocés.

— Lléveme el diablo, vamos al decir, si faltó á mi palabra; y hasta si queréis creerme, saldremos dos horas ántes. Conozco los caminos, de noche como de día, ni más ni menos que el ciego Ronaldson, que ha recorrido tantas veces el país.

El deseo de alejarme cuanto antes me indujo á seguir el consejo de Andrés, y así la cita quedó fijada para las tres de la madrugada. De pronto una reflexión agitó el espíritu de mi futuro compañero de viaje.

— ¡Ah, el fantasma!... exclamó.— ¡Si echará á correr tras de nosotros!... No ansio semejante espectáculo dos veces en veinte y cuatro horas.

— ¡Bah! — dije despidiéndome. — No os desazonéis por los espíritus del otro mundo, cuando éste de acá cuenta con algunos bastante malignos que saben hacer de las suyas sin necesidad de Lucifer ni de su tropa.

Después de la antecedente reflexión, arrancada por la conciencia de mis propios males, emprendí el camino de regreso al castillo.

Mis preparativos de marcha quedaron ultimados luégo. Cargué mis pistolas, y acostéme vestido para aprovechar algunos instantes de reposo antes de emprender las fatigas del largo y penoso viaje. Mi naturaleza, agotada por las tumultuosas emociones del día, fuéme más propicia de lo que podía esperar, favoreciéndome con un sueño profundo y sosegado, que no sacudí hasta sonar las dos en el viejo reloj de cierta torrecilla inmediata á mi aposento. Al instante estuve de pié, y, después de procurarme luz, mediante el pedernal, escribí á mi tío la carta que le destinaba. Luégo, llevando en la mano una maleta llena de la ropa indispensable, bajé la escalera sin tropiezo y llegué á la cuadra. Sin ser tan experto como mis primos, sabía lo bastante para enjaezar un caballo, de modo que, á los pocos minutos, estuve montado.

Recorriendo la antigua avenida, volvíme para lanzar una postrer mirada á las paredes que cobijaban á Diana Vernon, lo cual me arrancó profundos suspiros y el triste presentimiento de que sería eterna nuestra separación. Era imposible, en aque-